

LOS ASPECTOS CULTURALES

La complejidad de las culturas, las fronteras culturales y la subcultura de la violencia

La dimensión cultural de los países ha sido tradicionalmente ignorada por la política internacional y también por los estrategas, a pesar de que las culturas constituyen el alma de las sociedades, las que generan y sustentan sus identidades colectivas, sus valores, sus instituciones y sus normas sociales de conducta.

Hace dos décadas, Huntington tuvo el mérito de centrar la atención sobre la relevancia de los aspectos culturales con su conocida obra sobre el conflicto entre civilizaciones¹. A pesar de la imprecisión del concepto de civilización que utilizó y de considerar exclusivamente las relaciones conflictivas entre las civilizaciones, se generó un debate intelectual y político renovado tras los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 (11-S) en Estados Unidos y la intervención en Afganistán contra el régimen talibán.

Parecía evidente que se estaba desarrollando un conflicto civilizatorio entre el mundo occidental y el islam. La expansión de las células terroristas yihadistas, apoyadas por regímenes islámicos radicales

¹ HUNTINGTON, P. Samuel : *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, editorial Simon Schuster, Nueva York, 1996 (traducción de José Pedro Tosaus Abadía: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, pp. 65-91, editorial Paidós, Barcelona, 1997. La hipótesis central de este autor sobre la prevalencia de los conflictos intercivilizacionarios no ha sido corroborada por los estudios cuantitativos. HENDERSON, E. A. and TUCKER, R.: «Clear and Present Strangers: The Clash of Civilizations and International Conflict», *International Studies Quarterly*, volumen 45, pp. 317-338, 2001. CHIOZZA, G.: «Is There a Clash of Civilizations? Evidence from Patterns of International Conflict Involvement 1946-1997», *Journal of Peace Research*, volumen 39, número 6, pp. 711-734, 2002.

LOS ASPECTOS CULTURALES

como los de Irán y Afganistán o por otros más moderados como los de Arabia Saudí, mostraban una imagen de conflicto híbrido y difuso que los medios de comunicación propagaron magnificando su dimensión y distorsionando su naturaleza y sus verdaderos fines². El análisis de los fundamentos socioculturales de los países como causa de conflictos, nacionales o internacionales, quedó así establecido sobre bases falsas o, en el mejor de los casos, simplistas.

En la actualidad, la teoría del choque civilizatorio entre el islam y Occidente resulta cuando menos cuestionable sino se encuentra ya abiertamente desmentida por los hechos. Las aspiraciones de muchos países islámicos, árabes o no, a instaurar sistemas políticos más participativos y garantes de los derechos humanos se une a las demandas de sistemas económicos más justos y redistributivos de la riqueza. En definitiva, hay una ola de imitación cultural de instituciones arraigadas en las sociedades occidentales. Conflicto civilizatorio o imitación cultural, el debate teórico ha tenido la tendencia a centrar sus análisis en algunos elementos culturales de las sociedades como el idioma, la religión y las características étnicas o raciales. Sin embargo, la compleja estructura y la diversidad de elementos que configuran una cultura exigen un planteamiento teórico mucho más completo y riguroso que el que se ha realizado hasta el momento³.

² Sobre el terrorismo yihadista, pueden consultarse: AVILÉS, J.: «Una amenaza compartida: la *yihad* global en Europa y el Magreb», *ARI*, número 15, Real Instituto Elcano, 2005. Para un análisis cuantitativo del terrorismo yihadista neosalafista, véase: REINARES, F.: «¿Es el terrorismo internacional como nos lo imaginábamos: Un estudio empírico sobre la *yihad* neosalafista global en 2004», *Documentos de Trabajo*, número 33, Real Instituto Elcano, 2005. La percepción de amenaza de los grupos yihadistas se concentra mucho más en las sociedades islámicas que en los países occidentales por ese motivo la mayoría de sus actividades terroristas se realizan en países islámicos y se dirigen contra las poblaciones musulmanas. De acuerdo con los datos aportados por el National Counterterrorism Center de Estados Unidos, en el año 2005 se censaron 11.000 atentados terroristas con una total de 14.600 muertos. De ellos el 30% de los atentados y el 55% de las muertes (8.300) acontecieron en Irak. De las aproximadamente 40.000 víctimas totales, entre muertos y heridos, provocadas por los atentados terroristas de ese año entre 10.000 y 15.000 fueron musulmanas, frente a ellas sólo hubo 56 norteamericanos muertos de los que 47 lo fueron en Irak. Las evidencias hablan por sí mismas mucho más que cualquier argumento contrario.

³ Para la consideración de un modelo teórico de las culturas y de sus relaciones véase: CALDUCH, R.: «Conflictos internacionales culturales y violencia terrorista», *Derechos humanos y conflictos internacionales. Cursos de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales de Vitoria-Gasteiz 2006*, pp. 23-80, editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 2007.

LOS ASPECTOS CULTURALES

En efecto, una primera reflexión que debe realizarse es la que diferencia entre los elementos racionales y los emocionales que existen en toda cultura. Entre los primeros se encuentran los resultados del conocimiento científico y los avances tecnológicos cuya difusión es universal y cuya asimilación se puede realizar en breves periodos temporales y por sociedades con culturas en distinto grado de evolución. Por el contrario, los elementos emocionales, es decir aquellos que surgen de la parte inconsciente de la psicología colectiva de las sociedades y que movilizan a las personas a partir de sus sentimientos y emociones, sólo pueden difundirse a otras culturas en largos procesos históricos multi-seculares y su recepción en sociedades culturalmente diferentes suelen provocar reacciones colectivas de resistencia o rechazo cultural, con frecuencia unido a la violencia. Las religiones, el sentimiento nacional o la lealtad al clan o la tribu pertenecen claramente a este tipo de elementos emocionales de las culturas.

Fácilmente se puede apreciar que determinar de forma rigurosa los elementos racionales y emocionales que definen la o las culturas existentes en una sociedad permiten comprender y, en buena medida, anticipar la naturaleza, la dimensión y las consecuencias de los conflictos que surgen en su seno.

Una segunda consideración afecta a la existencia de las fronteras culturales que existen en toda sociedad y que pueden convertirse en verdaderas fracturas culturales causantes de tensiones y conflictividad social. Las principales fronteras culturales derivan de la diversa composición de la sociedad por edades, sexo, etnias o razas, junto con el desigual reparto territorial de la población y la riqueza así como por los desplazamientos migratorios de sus individuos. Todos estos elementos diferenciadores constituyen las bases desde las que se erigen las líneas de demarcación sociocultural, que condicionarán de un modo decisivo la conformación de las identidades culturales colectivas y su difusión en y entre los pueblos.

La más primaria y universal de estas fronteras sociales de las culturas es la que surge de la diferencia sexual de la que se ha derivado históricamente la organización de la jerarquía social basada en el patriarcado, que constituye una de las más arraigadas experiencias presentes en todas las sociedades a lo largo de la historia de la humanidad. La amplia y predominante difusión histórica de las culturas patriarcales sobre las matriarcales, no nace asociada a las principales religiones

LOS ASPECTOS CULTURALES

o concepciones filosóficas sino que, por el contrario, éstas las consagraron y perpetuaron a través de las realidades sociales imperantes en el momento de su aparición hasta consolidar una verdadera y poderosa línea de fractura sociocultural, por ese motivo, la discriminación social, política, económica y cultural de la mujer que impera en la mayoría de los países, junto con la violencia de género que generalmente la acompaña, no pueden identificarse con determinadas religiones o culturas⁴.

Relacionada con la diferenciación social por razón del género, surgió históricamente la división social en base a los vínculos de sangre. La ampliación de la familia a través de la consanguinidad permitió la aparición de los clanes agrupados en tribus, etnias, castas o estamentos sociales. Todas estas formas de agrupación y organización social poseen en común dos rasgos distintivos: su determinismo inmutable y su carácter exclusivo.

En efecto, la pertenencia a cualquiera de los grupos citados no surge de un acto voluntario y, por tanto, susceptible de modificarse vitalmente por cada individuo, sino de la irreversible realidad de la procreación. Se pertenece a una determinada colectividad social porque se desciende biológicamente de miembros de esa misma colectividad. El nacimiento y la muerte constituyen los dos sucesos definitorios de la pertenencia grupal. En tales circunstancias, la voluntad humana de cada persona resulta irrelevante a la hora de definir la posición que puede ocuparse y las funciones sociales que deben desempeñarse. El origen biológico predetermina la propia existencia individual y el proceso de socialización que se recibirá, así como el nivel cultural al que se podrá acceder y en el que se podrá participar activamente. Ello cimienta el orden de convivencia social sobre *grupos cerrados* que practican el principio de la exclusividad como elemento de organización jerárquica de las sociedades. Este principio, por definición, es incluyente de cuantas personas tengan

⁴ CASTELLS Y WALLERSTEIN son de los pocos autores que abordan el fenómeno del patriarcado como una parte esencial en la conformación de la identidad individual y colectiva de las sociedades actuales. CASTELLS, M.: *The Information Age: Economy, Society and Culture. Volume II: The Power of Identity*, editorial Blackwell Publishers Inc., Cambridge (Massachusetts), 1997, traducción al castellano de Carmen Martínez Gimeno: *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. El poder de la identidad*, volumen 2, pp. 159-269, editorial Alianza, Madrid, 1998. WALLERSTEIN, I.: *World-systems analysis. An Introduction*, editorial Duke University Press, Londres, 2004, traducción de Carlos Daniel Schroeder: *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*, editorial Siglo XXI, México, 2005.

LOS ASPECTOS CULTURALES

vínculos de sangre con algún miembro del grupo, pero excluyente del resto de la sociedad⁵.

Surgen así las culturas cerradas que poseen un carácter muy tradicional, ya que es gracias a la tradición cómo surgen y se desarrollan, por lo que serán refractarias a la modernización, dificultarán la movilidad social y tenderán hacia la uniformidad cultural. Unos rasgos propicios al conflicto en las relaciones con otros grupos culturales que, sin duda, se ven agudizadas por la percepción de amenaza que experimentan las sociedades con culturas cerradas al enfrentarse con la realidad de la globalización. Por esta razón, cuando las fronteras culturales surgen entre sociedades con culturas cerradas se convierten fácilmente en líneas de fractura.

Pero también existen sociedades que surgen y se organizan con criterios distintos al de los vínculos de sangre. En estas colectividades el principal criterio de pertenencia es el de la voluntad de adscripción. Esta voluntad opera tanto por parte de las personas que desean incorporarse al grupo, como por parte de las que dejan de pertenecer a él. Estas formas de agrupación social, basadas en la adscripción voluntaria, se organizan y funcionan según el principio de participación que conlleva la necesidad de que las decisiones se adopten y ejecuten por quienes además de pertenecer al grupo intervienen de un modo activo con sus conductas sociales en la creación, mantenimiento o modificación de las instituciones grupales. Estas dos características: libertad de adscripción y voluntad de participación activa, convierten a estas colectividades en sociedades con «culturas abiertas».

Una tercera diferencia social que termina generando fronteras culturales es la que existe entre las minorías dominantes y el resto de la sociedad. En efecto, ya sea en función de criterios políticos, militares, económicos o estrictamente de conocimientos y cualidades artísticas, las sociedades se han organizado jerárquicamente y han atribuido a unos grupos minoritarios el poder de decisión sobre la vida y las conductas de las masas sociales. Élite y masas configuran así una polarización social que se traduce en y se reproduce por las culturas. El poder de las minorías dominantes se convierte en autoridad cuando recibe

⁵ KABUNDA, M. y CARANCI, C. A. (coords.): *Etnias, Estado y poder en África*, edit. Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, Vitoria, 2005. WALLERSTEIN, I.: *opus citada*, pp. 60-63. SAAD EDDIN, I.: «Los conflictos étnicos y la construcción del Estado en el mundo árabe», *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, número 156, 21 páginas, junio de 1998.

LOS ASPECTOS CULTURALES

esta legitimación cultural y degenera en autoritarismo cuando la pierde por violar los valores, principios y normas de conducta esenciales de la cultura socialmente mayoritaria.

Finalmente, existe una importante diferencia social surgida como resultado de los movimientos humanos entre sociedades. Ya sea por migración; deportación; conquista; colonización o exilio, la aparición en el seno de las sociedades de grupos humanos procedentes de otras sociedades, pueblos o países con culturas diferentes, origina la realidad problemática de las minorías culturales. El rápido avance de los medios de transporte y comunicación, íntimamente asociado al proceso de globalización experimentado durante los últimos siglos, aunque no ha creado esta realidad de movilización humana a escala internacional la ha potenciado, cuantitativa y cualitativamente, hasta convertirla en una de las principales formas de intercambio cultural de la etapa contemporánea⁶.

Como podemos apreciar, el panorama de las fronteras culturales presenta una variedad de causas y situaciones que, lógicamente, provocan una amplia gama de consecuencias. Una de esas consecuencias es la emergencia de conflictos cuyas raíces son culturales pero cuyas manifestaciones revisten la forma de enfrentamientos políticos, estallidos sociales o antagonismos económicos. Con frecuencia, estos conflictos se mantienen en estado latente pero crecientemente activos y sólo son objeto de atención cuando alcanzan el umbral de la violencia. Una violencia incipiente que si no se ataja en sus raíces culturales terminará alcanzando los niveles más graves de violencia colectiva como el genocidio, la revolución o la guerra.

En algunos casos, como en las culturas cerradas, las condiciones de conflictividad cultural son estructurales y es imposible cambiarlas sin llevar a cabo un proceso de transformación radical de las sociedades para convertirlas en sociedades abiertas. En otros supuestos, como cuando se erigen fronteras geoculturales entre grupos cerrados en el seno de sociedades abiertas, las condiciones de conflictividad cultural son coyunturales y pueden alterarse sin necesidad de realizar cambios estructurales en las sociedades y sus culturas.

⁶ Sobre los sistemas internacionales de protección de las minorías, véanse: GARCÍA RODRÍGUEZ, I. (ed.): *Las minorías en una sociedad democrática*, edit. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares, Alcalá de Henares, 2001 y CASTELLÁ, S. J.: *La protección internacional de las minorías*, editorial Silva, Tarragona, 2002.

LOS ASPECTOS CULTURALES

Estas últimas son especialmente graves cuando se producen entre sociedades o respecto de minorías que ostentan un poder político, militar, económico o social claramente desigual, pues la sociedad o colectividad más poderosa albergará una fuerte expectativa de éxito que le inducirá a escalar en la violencia hasta sus umbrales más extremos obligando así a una radicalización, tal vez no deseada pero inevitable, en la violencia autoprotectora ejercida por la parte más débil.

Surge así el círculo vicioso de la violencia en el que cada acción de violencia debe ser respondida con una reacción igualmente violenta y, a ser posible, más destructiva. En la medida en que esta espiral de violencia puede mantenerse durante décadas, o incluso generaciones, se corre el riesgo de que se convierta en uno de los valores dominantes que definen la cultura de cada una de las sociedades o colectividades que intervienen en el conflicto, generando así las que podríamos denominar como «culturas de la violencia» que con frecuencia encubren bajo el conflicto político, religioso o étnico un auténtico conflicto sociocultural⁷.

Pero las líneas de fractura no surgen sólo entre las culturas sino también en el seno de cada una de ellas. Junto a las líneas de fractura interculturales existen también las líneas de fractura intraculturales que son las que se erigen entre las diversas subculturas de una misma sociedad.

Cuando las subculturas priman o, incluso, institucionalizan las conductas sociales basadas en el recurso a la violencia para mantener y difundir la prioridad de los valores y principios que las definen, entonces surge la categoría de las *subculturas de la violencia*, guiadas por la lógica del antagonismo y la destrucción de los colectivos con diferencias socioculturales⁸.

⁷ En todas las culturas y a lo largo de toda la Historia, la violencia ha formado parte de las normas sociales de conducta institucionalizadas, al menos en aplicación del principio de legítima defensa (individual y colectiva) que a su vez emana del valor básico universal de la protección de la vida personal y de la sociedad. Sin embargo, esta realidad de la *violencia en las culturas* no se corresponde con el fenómeno que hemos definido como las *culturas de la violencia*, pues lo característico de estas últimas radica en que el valor básico de protección de la propia existencia social se equipara con la destrucción de la sociedad considerada enemiga o rival. El resultado de esta alteración en los valores y principios culturales es un predominio de las normas de conducta que generalizan y justifican socialmente las conductas violentas.

⁸ Nótese que existe una diferencia conceptual, porque existen diferencias sociales y funcionales, entre las *culturas de la violencia* y las *subculturas de la violencia*, tal y como las hemos definido. En efecto, las culturas de la violencia se extienden al conjunto de las sociedades que participan de una misma cultura, en cambio las subculturas de la violencia sólo afectan a

LOS ASPECTOS CULTURALES

En el ámbito estatal, si una subcultura de la violencia se convierte en la cultura oficial del Estado, su principal consecuencia será el desarrollo la violencia represiva que alcanza desde las detenciones ilegales y la tortura hasta el exterminio genocida, pasando por el terrorismo de Estado, las guerras agresivas y los crímenes de guerra. En cambio, si una subcultura de la violencia se convierte en la cultura de masas, se desata la violencia social que incluye desde el racismo y la xenofobia hasta las guerras civiles, pasando por el terrorismo social, la estrategia de guerrillas y los procesos revolucionarios.

Como podemos apreciar por estas reflexiones, la violencia de raíces culturales no está predeterminada ni es inevitable ya que depende, en buena medida, de los elementos racionales y emocionales que definen a cada cultura así como de las características orgánicas y funcionales de las sociedades que las crean y sustentan. Pero por la misma razón, tampoco se puede ignorar que existen ciertas culturas y formaciones sociales más proclives a recurrir a conductas sociales violentas y a institucionalizarlas colectivamente a través de su legitimación cultural.

La importancia del substrato sociocultural en los conflictos híbridos

De las reflexiones anteriores se desprenden algunas importantes conclusiones sobre las causas y características de los conflictos híbridos que merecen ser consideradas. La primera se refiere a la necesidad de realizar una evaluación profunda y lo más exhaustiva posible sobre los fundamentos socioculturales de las partes que intervienen en el conflicto.

Esta evaluación, que debería ser previa a cualquier decisión de intervención en el conflicto, puede despejar muchas interrogantes sobre aspectos estratégicos tan importantes como el tipo y alcance de la violencia, los objetivos factibles, los medios humanos y materiales más idóneos para intervenir o los procedimientos operativos más eficaces. Naturalmente, la evaluación sociocultural requiere el uso preferente de Inteligencia de Medios Humanos (HUMINT) y la inteligencia de

ciertos grupos de las sociedades de una misma cultura. Es la diferencia entre el todo y la parte. FEARON, J. D. and LAITIN, D. D.: «Violence and the Social Construction of Ethnic Identity», *International Organization*, volumen 54, número 4, pp. 845-877, Autum, 2000.

LOS ASPECTOS CULTURALES

Fuentes Abiertas (OSINT), además de la información obtenida por otros medios de Inteligencia de Imágenes (IMINT), Inteligencia de Señales (SIGINT), etc. Resulta necesario destacar que los grupos mixtos de investigación (civiles y militares) y con carácter multidisciplinar, ya sean vinculados a universidades o a centros de análisis (*think tanks*), pueden realizar importantes contribuciones desarrollando líneas de trabajo a medio y largo plazo que complementen las realizadas por los propios servicios de inteligencia⁹.

En segundo término, la naturaleza híbrida de muchos conflictos exige diferenciar muy claramente los elementos culturales que predominarán en cada una de sus fases, ya que de ese modo se podrá conocer con mayor rigor las probabilidades de que el conflicto se resuelva o se desarrolle hacia fases diferentes y los escenarios que se producirán en este último caso.

En efecto, durante la fase de crisis o prebélica, resulta necesario considerar la existencia o no de culturas de violencia en las sociedades que intervienen en el conflicto o, alternativamente, el peso que están adquiriendo las subculturas de violencia, porque de ello depende en buena medida las oportunidades de éxito de las medidas preventivas que puedan adoptarse para evitar la escalada de la violencia. Un ejemplo paradigmático lo encontramos en los casos de Afganistán e Irak, países que han estado sometidos a dinámicas de violencia, represiva y subversiva, durante generaciones y que han generado unas culturas de violencia cuyas manifestaciones fueron previas a las intervenciones exteriores y subsisten profundamente arraigadas en las fases posbélicas.

En estas condiciones, los intentos de encontrar soluciones negociadas y de adoptar medidas preventivas para evitar la escalada hacia la guerra fueron inútiles tanto si consideramos el conflicto irano-iraquí por la zona de Chat-el Arab; la invasión de Kuwait; la represión contra kurdos y suníes en Irak o la instauración de sucesivos regímenes (comunista, talibán y nacionalista) en Afganistán.

Otro ejemplo significativo fue el conflicto de Kosovo, larvado durante las décadas del régimen comunista de Tito, que emergió a raíz del proceso de desintegración yugoslava y alcanzó su cénit tras el fin de las guerras de Croacia y Bosnia-Herzegovina. Resulta evidente que en el

⁹ O'BRIEN, S. P.: «Anticipating the Good, the Bad and the Ugly. An Early Warning Approach to Conflict and Instability Analysis», *Journal of Conflict Resolution*, volumen 46, número 6, pp. 171-811, diciembre de 2000.

LOS ASPECTOS CULTURALES

año 1999 los grupos dominantes de las subculturas de violencia, grupos militares y paramilitares serbios junto con la guerrilla del Ejército Popular de Kosovo-Ejército de Liberación de Kosovo, controlaban la realidad política de esta región haciendo inviable la aplicación de los Acuerdos de Rambouillet (1999).

En tercer lugar, durante la etapa de crisis la existencia de una configuración social basada en grupos cerrados (clanes, etnias, tribus, castas, etc.) y/o de elementos emocionales de las culturas de carácter excluyente (religiones, ideologías nacionalistas, racistas, etc.) dificultan, cuando no impiden, la instauración de medidas eficaces de gestión de crisis. Esta es una realidad que difícilmente puede evitarse, a pesar del voluntarismo político, y que cuando concurre debería inducir a considerar el escenario bélico como altamente probable y, por tanto, a adoptar las estrategias y planes operativos acordes con dicho escenario al mismo tiempo que se mantiene el desarrollo de las medidas de prevención y solución pacífica del conflicto. En caso contrario, las partes del conflicto y, alternativamente, la comunidad internacional se pueden ver enfrentadas con la realidad de una guerra asimétrica a la que se llega de forma paulatina y que por no haberse previsto termina generando la adopción de medidas políticas y militares improvisadas y, con demasiada frecuencia, perjudiciales a medio y largo plazo.

Esto es así porque en la mayoría de los casos se ignora que la estructura sociocultural de muchos países al estar basada en grupos cerrados o en ideologías y religiones excluyentes, difícilmente pueden legitimar soluciones al conflicto al margen de o abiertamente contrarias a sus costumbres o tradiciones, sencillamente porque ello choca frontalmente con sus identidades colectivas y provoca un rechazo emocional en la sociedad difícilmente controlable y reversible a corto o medio plazo.

Finalmente la evaluación cultural de la fase de crisis deberá incluir unos criterios claros que permitan detectar el progreso o no de las medidas de gestión y prevención que se decidan y adopten, con el fin de poder detectar de forma anticipada su éxito o fracaso final y, de ese modo, preparar las decisiones y acciones que deban adoptarse también con posterioridad.

Entre los criterios que deben investigarse podemos señalar: el grado de legitimidad social de las autoridades e instituciones del Estado; las características y el apoyo o rechazo social a los grupos que sustentan subculturas de la violencia; la rivalidad histórica o circunstancial entre

LOS ASPECTOS CULTURALES

los grupos culturalmente cerrados; la existencia y arraigo social de elementos emocionales o ideologías excluyentes y, por último, la presencia de minorías culturales así como su nivel de integración o segregación social con la mayoría cultural del país.

En términos generales se puede afirmar que existe una relación inversa entre el grado de heterogeneidad cultural de una sociedad en la que proliferen grupos, que sustentan subcultura de violencia y elementos emocionales excluyentes y las probabilidades de alcanzar el éxito con las medidas de negociación y gestión pacífica de las crisis.

Por otro lado, no podemos ignorar que en el mundo actual las grandes potencias occidentales actúan de forma decisiva para definir y garantizar el orden público internacional del que ellas mismas forman parte y se benefician como potencias hegemónicas. Ello implica que sus fundamentos y contradicciones socioculturales también inciden en el modo en que orientan sus políticas exteriores para gestionar e intervenir en las crisis que afectan al orden internacional¹⁰.

Como señalábamos, estas potencias se asientan en sociedades abiertas en las que la evolución cultural discurre por relaciones de cooperación antes que de conflicto. Son países en los que la libertad individual y la justicia social se han convertido en valores fundamentales garantizados por un sistema político y jurídico en el que el acuerdo social, equiparado a la voluntad participativa de la mayoría sociológica, constituye la base de legitimación de la ley institucionalizada (Estado de Derecho) y del uso de la fuerza.

Cuando estas potencias intervienen en la gestión internacional de las crisis utilizan sus valores y principios culturales como criterios-guía para su actuación y de este modo establecen o imponen medios y procedimientos para su resolución que distan mucho de ser compartidos, y con frecuencia son rechazados, por países con perfiles socioculturales claramente diferentes. Los procesos de negociación o mediación diplomática, el recurso a las resoluciones de organismos internacionales como Naciones Unidas, la adopción de medidas de confianza o el empleo de medidas de presión y embargo económico han demostrado un alto grado de fracaso en su objetivo de impedir la escalada hacia el conflicto bélico, sencillamente porque resultan ajenos no sólo a los

¹⁰ HOLSTI, O. R.: «The belief system and National Images: A Case Study», *The Journal of Conflict Resolution*, volumen 6, número 3, pp. 244-252, septiembre de 1962.

LOS ASPECTOS CULTURALES

intereses de las partes en conflicto sino también a valores básicos de sus propias culturas.

De este modo, la confianza depositada por los dirigentes occidentales en los medios de gestión y resolución de crisis se torna en frustración política ante la realidad del fracaso, situándoles ante el dilema radical de imponer sus decisiones incluso con medios militares o desentenderse de las crisis evidenciando con ello sus limitaciones como potencias mundiales hegemónicas y la falta de universalidad de los valores y principios que legitiman su liderazgo mundial.

Las experiencias del fracaso en la gestión de las crisis en Oriente Próximo (intervención de Israel en el Líbano en el año 2006), en el Cáucaso (intervención rusa en Georgia en el año 2008), en los programas de nuclearización de Irán y Corea del Norte y más recientemente en los procesos de transición que realizan los países árabes, constituyen tan sólo algunos ejemplos de una larga lista en la que los medios y procedimientos establecidos por las potencias occidentales resultan de escasa utilidad cuando son aplicados a entornos culturales muy diferentes.

Si nos situamos en la fase del conflicto bélico irregular, la evaluación cultural debe realizarse con criterios totalmente distintos de los utilizados en la fase de crisis. Ello es debido, como señalaba Aron, a que en las guerras los países y las personas se juegan su propia existencia y, en consecuencia, cambian radicalmente las percepciones y las expectativas colectivas de las sociedades. Ello que implica, al menos durante el transcurso de la contienda, la instauración de subculturas de violencia y de los grupos que la practican que logran adquirir el control de la sociedad y del Estado, al mismo tiempo que sus actividades se orientarán esencialmente a la destrucción de las fuerzas enemigas y de todos aquellos medios materiales y humanos, incluida la población civil, que sustentan su capacidad militar.

En semejantes condiciones las diferencias culturales como causas de conflictividad o de cooperación en condiciones prebélicas quedan relegadas a la lógica inexorable de la relación aliado-enemigo que sustenta el desarrollo del conflicto armado. Al mismo tiempo, en las circunstancias extraordinarias que supone la guerra, la fidelidad a los valores, principios, ideologías, elementos emocionales y normas sociales de conducta de la propia cultura se sacralizan al convertirse en fuentes

LOS ASPECTOS CULTURALES

de cohesión de la voluntad colectiva y en instrumentos de movilización social frente al enemigo¹¹.

En las guerras, la lealtad a la propia cultura de la violencia se convierte en un elemento necesario para enfrentar con probabilidades de éxito el sacrificio colectivo que supone la inmolación de una parte de la sociedad en aras de alcanzar la victoria o, al menos, evitar la derrota. Por ese motivo, la lealtad cultural se convierte en un fin en sí mismo que debe salvaguardarse durante la contienda y que tan sólo cede circunstancialmente a los requerimientos aliancistas con otras sociedades culturalmente diferentes como condición necesaria para vencer.

Es en este contexto donde adquieren toda su importancia la naturaleza abierta o cerrada de las culturas y donde las fronteras y líneas de fractura culturales que existen en y entre los países condicionarán decisivamente la naturaleza, la forma y el desarrollo de la guerra. En efecto, cuando los conflictos bélicos entrañan el enfrentamiento cultural además del antagonismo de concepciones políticas y/o de intereses económicos, la guerra adquiere fácilmente las características de una guerra irregular debido a que el recurso a la violencia involucra no sólo a los ejércitos sino a la totalidad de las poblaciones enfrentadas. Las subculturas de la violencia estatal se extienden a las masas populares logrando que amplios sectores sociales se involucren activamente en la guerra mediante actividades de insurgencia (guerrilla, terrorismo, sabotaje, etc.).

Las probabilidades de evitar la transformación de la contienda bélica en una guerra total en la que los medios y acciones bélicas irregulares se conjugan con las fuerzas convencionales y en la que desaparece la distinción entre tropas y población civil, son prácticamente nulas. Esta dinámica se puede agravar y complicar considerablemente si las partes beligerantes están estructuradas social y culturalmente en grupos cerrados porque entonces el exterminio del enemigo se convierte en la única garantía de que el éxito militar podrá también explotarse política y culturalmente tras la contienda. Ello es así porque los contendientes saben que la fidelidad cultural del enemigo derrotado a su nación, clan, tribu o religión será imposible de cambiar con el tiempo y pervivirá mientras existan parte de sus miembros ya que no se someterán plenamente a los valores y principios culturales de la sociedad que venció en la guerra.

¹¹ SNYDER, J.: «Anarchy and Culture: Insights from the Anthropology of War», *International Organization*, volumen 56, número 1, pp. 7-45, invierno de 2002.

LOS ASPECTOS CULTURALES

Bajo estas premisas, conviene destacar que la decisión de realizar intervenciones internacionales de pacificación en este tipo de guerras irregulares debe ser ponderada cuidadosamente por los gobiernos, porque la mera superioridad tecnológica de las fuerzas internacionales no será suficiente para imponer a los contendientes el fin de las hostilidades. Además será necesaria una voluntad política firme y duradera para enfrentar las condiciones de una guerra total y, llegado el caso, imponer por una fuerza insuperable y con el empleo táctico exigido por la evolución de la guerra el cese de hostilidades, evitando cambiar las decisiones estratégicas en función de las presiones de la opinión pública y a sabiendas de que si se logra este objetivo estratégico, existen muchas probabilidades de que inmediatamente deba enfrentarse el escenario de una hostilidad irregular posbélica, limitada pero duradera, desencadenada conjuntamente por los que hasta entonces se enfrentaban como enemigos.

Semejantes condiciones no pueden cumplirse fácilmente por las potencias occidentales, precisamente por las limitaciones de decisión política y de acción militar que les imponen sus propias realidades culturales en las que los medios de comunicación desempeñan una nada despreciable capacidad de influencia social y de presión política. Este es un aspecto sobre el que es necesario generar una reflexión teórica mucho más exhaustiva de lo que permite este estudio, como paso previo para llevar a cabo un debate público sobre las condiciones en las que las fuerzas políticas y las sociedades de los países occidentales están dispuestos a apoyar a sus gobiernos en sus decisiones de participar en misiones internacionales de pacificación.

Durante la fase final del conflicto híbrido, es decir en la etapa posbélica, los dos principales objetivos son: la estabilización del orden pacífico que impida una nueva escalada al conflicto bélico y la reconstrucción de las condiciones de vida básicas de la población que les permitan emprender el proceso de su propio desarrollo político, económico, social y cultural.

Para alcanzar el objetivo de la estabilización, el primer obstáculo cultural que debe superarse es lograr el desarraigo progresivo de la subcultura de la violencia que ha dominado la etapa bélica, lo que implica el cumplimiento de dos condiciones necesarias: el desarme y desmovilización de los grupos que practicaban esa violencia para impedir que sigan a través de ella ejerciendo el control de la sociedad y, además,

LOS ASPECTOS CULTURALES

la deslegitimación de la violencia como norma de conducta aceptable socialmente, lo que se favorece a través de la recuperación de la normalidad en la vida cotidiana de la población civil.

Ambas tareas resultan difíciles de alcanzar en la medida en que subsista un escenario posbélico donde siga existiendo una violencia limitada pero duradera (terrorismo y delincuencia organizada) y una agitación social, en buena medida generada por las precarias condiciones de vida de la población, que es generalmente provocada por los grupos que tratan de mantener viva la subcultura de la violencia. Pero sobre todo, estas tareas requerirán de largos periodos de tiempo si la subcultura de la violencia se extendió a las masas o la duración del conflicto armado alcanzó a varias generaciones y terminó extendiéndose a toda la sociedad hasta convertirse en una cultura de la violencia.

Si el desarme y la supervisión de la desmovilización de los contendientes constituye una tarea propia de las Fuerzas Armadas que participan en la misión, no está nada claro que las actividades orientadas a desarraigar la cultura de la violencia les deban corresponder ya que buena parte de esas actividades tiene que ver con la seguridad y la garantía del orden público, actividades para las que las Fuerzas Armadas no ha sido adiestradas ni gozan del material y las competencias adecuadas, junto con otras actividades de carácter social, comunicativo, político, jurídico, etc. que abiertamente corresponden a componentes civiles de la misión, si los hubiera, que deberán estar especializados en este tipo de actividades¹².

Aunque durante la fase de estabilización se realizarán actividades de ayuda humanitaria, de protección de la población civil y de reconstrucción de infraestructuras críticas que, sin duda, contribuirán a facilitar unas mínimas condiciones de vida, resulta importante señalar que dichas tareas por sí mismas no implicarán un desarraigo definitivo de la subcultura de violencia ya que durante esta etapa el control le seguirá correspondiendo a las fuerzas militares de la misión y, en consecuencia, la población civil mantendrá la percepción colectiva de la supremacía

¹² El desarme y desmovilización de las Fuerzas Armadas y policiales así como de los grupos irregulares aunque exige una depuración de sus mandos y unidades no implica, necesariamente, su completa desintegración. La experiencia de Irak demuestra que una parte de tales mandos y unidades pueden resultar esenciales para lograr la estabilización posbélica aunque deberán someterse al control institucional y operativo de los mandos de la misión internacional y actuar de acuerdo con las normas establecidas por ellos.

LOS ASPECTOS CULTURALES

de la violencia como criterio rector de la convivencia social y de las normas de conducta admisibles. Esta percepción se verá agravada con la constatación de que las tropas multinacionales siguen patrones culturales abiertamente diferentes que intentan implantar como parte de su política de estabilización posbélica.

El proceso de desarraigar la subcultura de violencia entre la población civil exige desarrollar una estrategia específica para este fin. Parte de esa estrategia implica la persecución y erradicación de las acciones de violencia procedan de unidades militares, grupos paramilitares o de la propia población civil. Naturalmente ello deberá realizarse siguiendo unos criterios y normas previamente establecidas, publicadas y difundidas entre la población. La misma exigencia de erradicación de las prácticas de violencia deberá también aplicarse a las fuerzas militares y los componentes civiles de la misión, especialmente en sus relaciones con la población civil local, ya que de lo contrario se seguirá alimentando socialmente la subcultura de la violencia sólo que ahora tendrá como referencia otros autores¹³.

Otro elemento necesario de esta estrategia de deslegitimación de la violencia como norma de conducta será una campaña detallada y exhaustiva de propaganda dirigida a la población civil y destinada a concienciarla sobre tres realidades:

1. Que la guerra ha terminado y que la violencia que todavía existe puede erradicarse.
2. Que la seguridad personal, familiar y social dependen de dejar de colaborar o incluso denunciar a los grupos que todavía practican la violencia.
3. Que sin la erradicación de la violencia la guerra puede volver a estallar.

Conviene por tanto subrayar que durante la etapa de estabilización, el objetivo prioritario que debe alcanzarse es el de impedir la vuelta a

¹³ La difusión mediática y social de los abusos y las prácticas de tortura realizados en la prisión de Abu-Ghraib tuvo un efecto cultural demoledor sobre la política de estabilización que Estados Unidos estaba desarrollando en Irak. A este respecto merece destacarse que, hasta el momento, la actuación de las tropas españolas en misiones internacionales ha sido ejemplar y constituye una prueba irrefutable de que semejante exigencia es perfectamente compatible con el desempeño de las actividades asignadas a las Fuerzas Armadas destacadas en la misión.

LOS ASPECTOS CULTURALES

las hostilidades bélicas no el de ganarse el apoyo y la lealtad de la población porque, sencillamente, dicho objetivo es inalcanzable con los medios disponibles y las medidas que deben adoptarse para alcanzarlo¹⁴.

La intervención de entidades civiles, ya sean internacionales, no gubernamentales o privadas, aunque resulta necesaria suele provocar una dificultad añadida debido a la diferente subcultura de sus miembros con la que guía la conducta de las fuerzas militares. Con frecuencia, tales entidades civiles tratan de ganar el apoyo y la confianza de la población civil por considerar que es una condición necesaria para desarrollar sus actividades pero ello es abiertamente contradictorio con la realidad del entorno en el que deben operar.

Mientras la fase de estabilización no se haya culminado, es decir mientras no se haya logrado desarraigar la violencia como pauta de conducta culturalmente aceptada y practicada, las actividades civiles al igual que las militares deben desarrollarse fundamentadas en la premisa de que la actitud y la conducta general de la población civil será hostil o indiferente, pero no de apoyo y colaboración. Suponer lo contrario sería tanto como imaginar que las personas y las sociedades pueden olvidar el trauma de la guerra por una simple decisión voluntarista, máxime cuando todavía la subcultura de la violencia pervive en sus mentes y en sus corazones porque no se ha logrado erradicarla de la realidad cotidiana¹⁵.

¹⁴ Ello no implica que no se busquen apoyos entre las autoridades locales y que se recabe personal civil del país para las labores auxiliares de apoyo a la misión (traductores; guías, operarios; etc.). En esta fase resulta especialmente importante crear una red de informadores y confidentes locales sobre los que basar una parte de la HUMINT, pero sería un grave error confiar exclusiva o predominantemente en la información aportada por ellos.

¹⁵ La conocida expresión «ganar las mentes y los corazones» se estableció como requisito de la estrategia de guerrillas y más específicamente como una condición necesaria para que la guerrilla pudiese desarrollar con éxito sus actividades con el apoyo de la población civil. Con posterioridad se he generalizado tratando de aplicarse a la estrategia antiguerrillera y, por extensión, a la guerra irregular. Semejante aplicación estimo que es errónea porque se atribuye a contextos estratégicos y sociales claramente diferentes. Por lo señalado con anterioridad, resulta muy difícil, por no decir imposible, que los contendientes en una guerra irregular puedan ganar las mentes y los corazones de la población civil enemiga. Tampoco las misiones de pacificación pueden aspirar a conseguirlo por el mero hecho de que su objetivo, el cese de hostilidades, beneficie objetivamente a las poblaciones civiles de los contendientes ya que tal beneficio no se percibirá como tal a corto plazo. La frase adecuada en tales circunstancias debería ser: «ganar la paz a pesar de las mentes y los corazones».

LOS ASPECTOS CULTURALES

En la guerra de Afganistán, el objetivo básico de la estabilización no se ha llegado a alcanzar de forma generalizada, motivo por el que difícilmente se ha podido lograr desarraigar la cultura de la violencia que en ese país ya había alcanzado a amplios sectores de la sociedad, sin distinción de etnias y clanes, mucho antes de que se realizasen las misiones de *Enduring Freedom* y Fuerza de Asistencia y Seguridad en Afganistán¹⁶.

Sin haber consolidado la fase de estabilización, resulta imposible que el objetivo básico de la reconstrucción posbélica pueda alcanzarse plenamente. Sin embargo, una vez lograda la estabilización posbélica la valoración que debe realizarse pasa por considerar aquellos elementos, racionales y emocionales, de la cultura que por estar ya asentados socialmente pueden utilizarse para movilizar la voluntad colectiva al objetivo de recuperar unas condiciones de vida normalizada y pacífica¹⁷.

En los casos de guerras civiles, esas condiciones de vida normalizada no incluyen a corto o medio plazo la reconciliación sino tan sólo la coexistencia pacífica, pero en la medida en que este objetivo sea alcanzable resultará suficiente para ganar el momento de una futura reconciliación y, desde luego, será preferible al de una reconciliación deseable pero imposible de forma inmediata.

A diferencia de la fase estabilizadora, durante la reconstrucción el peso de las actividades de la misión deberá recaer en los componentes civiles, aunque las fuerzas militares pueden desempeñar importantes funciones como la formación y adiestramiento del ejército y la policía locales, y el apoyo y colaboración de la población se convertirá en una condición imprescindible para alcanzar el objetivo de esta fase. Ello pasa por la progresiva transferencia de poderes y competencias a las autoridades locales así como por la instauración de las instituciones políticas, económicas y culturales básicas para la recuperación de las funciones esenciales del Estado.

Llegados a este punto reaparece la dialéctica cultural entre los valores, principios, instituciones y normas de conducta imperantes en la sociedad en proceso de recuperación y las que sustentan los miembros de

¹⁶ Como ejemplos paradigmáticos de éxito en el proceso de estabilización y reconstrucción posconflicto pueden citarse los casos de ONUCA, ONUSAL y MINUGUA.

¹⁷ El objetivo de la reconstrucción posbélica no es lograr el desarrollo del país, ya que este objetivo sólo será posible alcanzarlo cuando la reconstrucción se haya consolidado definitivamente.

LOS ASPECTOS CULTURALES

la misión o de las entidades civiles que intervienen en la reconstrucción. En la medida en que las potencias occidentales intervienen en la mayoría de las misiones de pacificación y éstas se desarrollan en sociedades culturalmente distintas, esta dialéctica cultural termina por convertirse en muchos casos en causa de tensión o conflicto intercultural que lastra irremisiblemente la propia reconstrucción posbélica¹⁸.

Si el objetivo de la etapa de reconstrucción es sentar las bases estatales y sociales para el futuro desarrollo autónomo del país, ello exige tomar como referencia las bases culturales existentes, adaptando las nuevas instituciones que se creen y los programas de recuperación política, económica y social a esas raíces culturales en lugar de pretender instaurar o imponer instituciones y políticas de reconstrucción acordes con valores y principios ajenos a la cultura social autóctona¹⁹.

Finalmente, resulta imprescindible señalar que la fase de reconstrucción posbélica es siempre un proceso largo y complejo, que requiere la movilización de importantes recursos humanos, financieros y materiales generalmente aportados por las principales potencias mundiales y/o regionales, ya sea en forma de ayudas directas o bien a través de organismos intergubernamentales o de organizaciones no gubernamentales. Ello exige que las sociedades de tales potencias sean concienciadas sobre la necesidad y eficacia de dicho esfuerzo ya que de lo contrario el apoyo político a la decisión de los gobiernos de seguir participando en la reconstrucción tenderá a decaer con el transcurso del tiempo y la aparición de nuevos focos de conflicto.

Conclusiones

La ignorancia de los aspectos culturales de los conflictos, en general, y de los conflictos híbridos, en particular, ha constituido una de las principales fuentes de error en su evaluación política y estratégica.

¹⁸ Para un análisis de las formas de relación intercultural véase: CALDUCH, R.: *opus citada*, pp. 34-40.

¹⁹ En una sociedad basada en una cultura cerrada y en grupos cimentados en vínculos de sangre, el sistema de reparto por cuotas del poder político e institucional entre las autoridades de los diversos grupos existentes, suele ser más eficaz que el sistema democrático basado en elecciones entre partidos políticos que si se impone sólo terminan por convertirse en la forma encubierta en que los diversos grupos de sangre acceden al control del Estado.

LOS ASPECTOS CULTURALES

El desarrollo durante las dos últimas décadas de un debate distorsionado y simplista sobre los elementos que configuran las culturas y civilizaciones ha contribuido a plantear la necesidad de un Enfoque Integral de tales conflictos pero también a formular objetivos inalcanzables en el desempeño de las misiones de intervención o pacificación y a atribuir tareas inadecuadas a las Fuerzas Armadas que intervienen en tales misiones.

La evaluación sociocultural debería integrarse como parte esencial del proceso de decisión y planeamiento de cualquier misión que intervenga en un «conflicto híbrido» no sólo porque muchos de los aspectos esenciales de tales conflictos sólo encuentran una explicación adecuada en las características culturales sino porque, además, la dialéctica cultural entre los componentes de la misión, civiles o militares, y las sociedades en las que tengan que actuar será inevitable y adquirirá una evolución diferenciada según se actúe en cada una de las tres fases por las que puede discurrir el conflicto híbrido. Reconocer las posibilidades y limitaciones que ofrecen los elementos culturales en el desempeño de la misión de intervención o pacificación constituye una de las principales claves de su éxito o fracaso.

RAFAEL CALDUCH CERVERA
Catedrático de Relaciones Internacionales